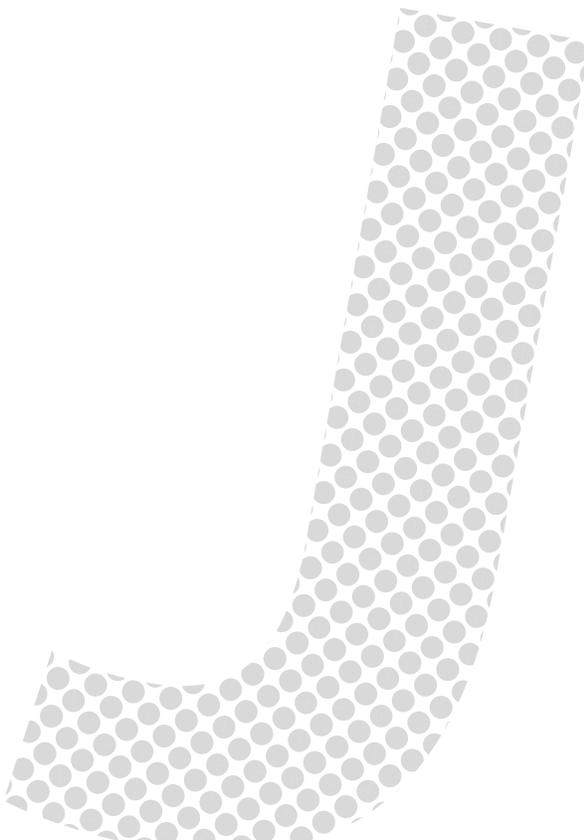


Juventudes latinoamericanas: diversidades y desigualdades

Pablo Vommaro

Profesor e investigador.

Universidad de Buenos Aires-CONICET-CLACSO.



En América Latina las juventudes se encuentran atravesadas por dos características fundamentales: desigualdades y diversidades. Por ejemplo, los cambios producidos en las últimas décadas las presentan como una generación cada vez más educada y participativa, a la vez que no siempre considerada adecuadamente por las políticas públicas. Asimismo, ganan espacios en el mercado laboral, pero sus condiciones de trabajo están más degradadas y precarizadas. Según diversos informes, situaciones como el desempleo o la pobreza se duplican o triplican en este segmento, que no solo atraviesan desigualdades materiales, sino también étnicas, sexuales y de género, territoriales, culturales, educativas, laborales, políticas y religiosas, entre otras.

La desigualdad es una noción que permite reflexionar acerca de procesos relacionales, y en este trabajo nos interesa recuperar sobre todo dos tipos de situaciones. Por un lado, aquellas donde los colectivos juveniles hacen hincapié en el derecho a la diferencia, dando cuenta de cuándo esta se convierte en desigualdad y parece legitimarla. Por el otro, las dinámicas generacionales de producción y reproducción de las desigualdades y de construcción de igualdades de la diferencia (Vommaro, 2017a). Es decir, se trata de acercarse a algunos de los aspectos más significativos de los procesos actuales de cambio social en la región, con inflexiones generacionales.

Pensar en clave generacional implica considerar las diversidades juveniles. Entonces, promover políticas hacia la igualdad conlleva incluir la diferencia y avanzar en la construcción de lo común en ese contexto. Aquí nos proponemos aportar al despliegue de estrategias

repensando la noción de política pública (hacia lo público no estatal), y explorar procesos universales de producción, no unívocos ni homogéneos.

El protagonismo que han cobrado las juventudes en las dinámicas sociales y políticas de América Latina hizo más visible el despliegue de las propuestas y las movilizaciones de diversos colectivos en distintos países de la región. Esta acción contenciosa con marcas generacionales contribuyó al proceso de ampliación de derechos y consideración de las diversidades que vivió el subcontinente en los últimos años. Esto fue especialmente notorio en el ámbito educativo, aunque abarcó también otras esferas como la de género y sexualidades, o la étnica.

En definitiva, pretendemos contribuir a la comprensión de las actuales cartografías de las desigualdades sociales que atraviesan a las juventudes latinoamericanas, considerando sus diversidades como configuradoras de potencias hacia la igualdad, y enfocando nuestro análisis en la dimensión educativa. Este artículo se basará en una síntesis de diversas investigaciones que produjimos en los últimos años (Vommaro 2014; 2015a; 2015b; 2017b) y en el análisis de documentos de organismos nacionales e internacionales que nos brindan datos y estadísticas que aquí cruzaremos con nuestros propios resultados.

Desigualdades y diversidades con perspectiva generacional

Como ya mencionamos en este artículo y desarrollamos en otros trabajos (Vommaro, 2015), las desigualdades como condición y las diversidades como marca generacional son hoy en día parte constitutiva de las juventudes contemporáneas.

En este proponemos que las diversidades sean abordadas no como debilidad, carencia, o un rasgo que subsanar o que homogeneizar, sino consideradas como condición del presente, que puede leerse como fortaleza y potencia. Uno de los desafíos que se presenta y que en parte guía este trabajo puede enunciarse de esta manera: ¿cómo tratar las diversidades desde los procesos de generación de igualdad, pensando en contrarrestar las desigualdades?

Al encarar estos problemas desde una perspectiva generacional encontramos un dilema muy interesante, que se vincula con la pregunta: ¿cómo pensamos la tensión diferencia/desigualdad? O expresado desde términos propositivos, ¿cómo articulamos la construcción de la igualdad desde la diversidad?

Hace un tiempo una mujer de 24 años dijo durante una entrevista: «En este colectivo trabajamos para que la diferencia no se convierta en desigualdad».¹ Esta frase puede resumir nuestros problemas, a la vez que abre

interrogantes que nos ayudan a avanzar en nuestros análisis.

En efecto, se presenta el desafío de cómo pensar la igualdad desde la diversidad, de qué manera concebir una que no homogeneice, que no sea unívoca ni totalizadora, que asuma la diferencia, pero que a la vez no la consagre como desigualdad; que asumir la diferencia permita construir igualdades.

Creo que en este punto hay que problematizar también algunas afirmaciones basadas en cierto relativismo cultural, que asumen la diferencia como justificadora de la desigualdad social. A menudo leemos o escuchamos afirmaciones como: «viven distinto porque tienen otras costumbres, tienen otros ancestros». Este tipo de aseveraciones está consagrando desigualdades sociales, naturalizándolas tras un supuesto respeto a lo otro.

Desde nuestra perspectiva, como hemos apuntado, el desafío es asumir las diferencias como condición del presente, como rasgo generacional, no como debilidad o falencia; es decir, concebir la igualdad en tanto lo común, lo que nos une, lo que nos permite construir otros «modos de estar juntos» (Martín Barbero, 2002: 10). O sea, ¿es posible pensar un estar juntos, un común, una igualdad, desde la diferencia, desde la diversidad?

Para avanzar en el abordaje de las desigualdades sociales a partir de intersecciones generacionales y otras que tienen que ver con género, migraciones, cuestiones étnicas, culturales, educativas, laborales, territoriales, entre otras, podríamos afirmar que aquellas son multidimensionales. De ese modo ha sido trabajado por diversos autores en la actualidad (Reygadas, 2004; Kessler, 2014; Pérez-Sáinz, 2014; Dubet, 2015 y Therborn, 2015). No podríamos hablar de una desigualdad unidireccional o unidimensional, solamente socioeconómica, por ingresos, que es la más clásicamente estudiada, o una vinculada solo con posiciones de clase.

Sin duda, a nivel estructural vemos posiciones de clase que signan las desigualdades, las estructuran y de cierta forma, las determinan. Pero también es necesario asumir su multidimensionalidad. Es indudable, además, que en los últimos años se ha instalado este problema en la agenda pública, tanto a nivel mediático, como político y académico. Lo interesante es hacer un ejercicio para pensar cómo se construye un problema social, a fin de que ingrese en la agenda pública, no solo en la de los ámbitos señalados, sino en la de los colectivos, movimientos y organizaciones sociales.²

En este sentido, partiendo de análisis como los de Gentili (2015) o Dubet (2015), podemos pensar en los dispositivos de producción pública de los pares conceptuales desigualdad/pobreza y desigualdad/exclusión. Así, mientras la noción de pobreza es más estática, la de desigualdad permite un abordaje más

relacional porque siempre está hablando en su vínculo con otro. No es un estado fijo. Algo similar sucede con el par desigualdad/exclusión. En los últimos años se ha debilitado el paradigma inclusión/exclusión, que predominó en décadas pasadas para guiar tanto estudios sociales como políticas públicas.

El avance del paradigma de las desigualdades sociales generó, a su vez, muchos estudios sobre procesos de «inclusión excluyente» o «exclusión incluyente», nociones utilizadas para caracterizar las expresiones sociales de la ampliación de derechos impulsada a partir de programas estatales. Estos fueron particularmente identificables en los orientados por las llamadas transferencias condicionadas, especialmente significativos en países como Argentina, Brasil, Ecuador o Bolivia.³ Por razones de espacio, no profundizaremos en estas cuestiones.

Consideramos las desigualdades como dinámicas, situadas, productos sociohistóricos que se configuran en una territorialidad, con procesos sociales y relacionales, no autocentradas o autodefinidas.

Para ampliar en este enfoque podemos trabajar las propuestas de Dubet (2015), quien plantea que existen tres tipos de desigualdades: por acceso (a un bien, a un servicio, a la salud, al ocio, a la recreación); por oportunidades (relacionadas con el punto de partida de un individuo o grupo) y las de posiciones (que serían más estructurales, porque se vinculan justamente con la situación socioeconómica de los individuos y los grupos sociales).

Desde enfoques materialistas, como el que aquí seguimos, podríamos pensar que las desigualdades de posiciones son las más significativas. Sin embargo, es interesante incorporar las dimensiones múltiples que surgen a partir del enfoque de las oportunidades. Podríamos, con Dubet, enfocar la intersección entre estos tres tipos, para construir, si acordamos que las desigualdades son multidimensionales, un abordaje complejo que dé cuenta de ese carácter.

Varios autores latinoamericanos como Kessler (2014), Reygadas (2004), Gentili (2015) y Pérez Sainz (2014) plantean estas cuestiones como paradojas o tendencias contrapuestas. Es decir, al pensarlas de modo relacional, proponen abordarlas también en sus ambivalencias y tensiones. Ellos apuntan, en coincidencia con cifras de la CEPAL (2012a) o el BID-BM (2013), que en América Latina en los últimos quince o veinte años se produjo un fuerte crecimiento económico con diversidades o desigualdades entre los diferentes países, e internamente.

En efecto, según el *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe 2012* de la CEPAL, el PIB regional creció 4,5% en 2011 y 3,1% en 2012, cifras superiores al promedio mundial, que fue de 2,2%. Esto confirma la tendencia que se viene

registrando desde 2004, con un crecimiento regional del PIB a tasas superiores a 4% (a excepción de 2009, cuando se registró una caída de -1,9%). Hay algunos países que han crecido a 6,7% u 8%, otros a 3% o 4%, pero el crecimiento económico en la región ha sido constante, al menos entre 2003 y 2012.

Ello fue acompañado por una baja relativa de la pobreza y una mejora de diversos índices sociales como los de escolaridad, acceso a la salud o empleo. El BID-BM, por ejemplo, ha difundido un informe en 2013 en el que se destaca que «la población de clase media en América Latina y el Caribe ha aumentado en un 50%, de 103 millones en 2003 a 152 millones en 2009», y destaca, en paralelo, que la población considerada pobre bajó de 44% a 30% en el mismo período. Así, considera que «los porcentajes de la población de clase media y de pobres están igualados», lo que marca un agudo contraste con el pasado, «cuando el porcentaje de pobres equivalía aproximadamente a 2,5 veces el de la clase media» (BID-BM, 2013).

A su vez, el *Panorama social de América Latina 2012*, de la CEPAL (2012b) muestra que la pobreza disminuyó en la región de 48,4% en 1990 a 43,9% en 2002, y a 28,8% en 2012, al tiempo que la indigencia pasó de 22,6% en 1990 a 19,3% en 2002 y a 11,4% en 2012. Por su parte, en materia de distribución de ingresos, en los últimos años, por primera vez en décadas, se han producido mejoras considerables en varios países, visibles en una mayor participación del 40% más pobre y una disminución del 10% más rico, fenómeno que ha sido particularmente notorio en Argentina, Bolivia, Nicaragua y Venezuela, menos significativo en Brasil, Chile o México, mientras en Colombia u Honduras se registró un proceso inverso.

Así, el panorama descrito no ha sido igual de beneficioso para todos los Estados ni grupos sociales. En muchos aspectos, América Latina sigue mostrando desigualdades que no tienen que ver solo con los niveles de ingreso y que afectan a poblaciones en condiciones particularmente críticas. En ello se destaca la situación de las mujeres —que mejoran sus niveles de vida, pero en menor medida que los varones—, los jóvenes —que lo hacen menos que los adultos— y los diversos grupos étnicos (indígenas y negros, en particular) quienes, aunque tienen mejores condiciones relativas que antes, muestran indicadores considerablemente más bajos que los de la población blanca y mestiza (Vommaro, 2017b).

Nos interesa estudiar la situación de los jóvenes, que no en todos los aspectos supera la registrada en décadas pasadas. Los estudios siguen mostrando un conjunto complejo y preocupante de paradojas y contrastes, que presentaremos más adelante, junto con un profundo malestar social, evidente en las irrupciones de movimientos juveniles que hasta no

hace mucho tiempo permanecían poco visibles en el espacio público, y en los últimos años han ocupado calles y plazas en lucha por diversos temas, no siempre considerados específicamente juveniles como, por ejemplo, educación pública, gratuita, democrática y de calidad.

Se configura una coyuntura en la cual, a pesar de las mejoras descritas, de la baja de los índices de pobreza y de los avances en otros indicadores, las desigualdades sociales persisten. Por ejemplo, como dijimos, si bien la posición social relativa de las mujeres es mejor que la de hace cincuenta años, las desigualdades de género persisten. Es decir, no alcanza solo con la mejoría de los índices, sino que muchas veces es necesario cambiar el enfoque para explicar el proceso por el cual las desigualdades continúan.

Algo similar sucede con los jóvenes, que han aumentado su presencia social y su posición en el sistema educativo, en la fuerza de trabajo, en los espacios de participación. Sin embargo, las desigualdades generacionales son de las más agudas y persistentes en la región (CEPAL, 2014).

Queda claro que los enfoques basados solo en la inclusión y el combate a la pobreza no alcanzan para contrarrestarlas. Pensamos que ante estas limitaciones conceptuales y políticas y considerando las evidencias empíricas expuestas, hace falta complejizar los enfoques y abordar las desigualdades desde sus paradojas, desde sus tendencias contrapuestas y ambivalentes (Kessler, 2014).

Para continuar esta perspectiva, los autores citados contribuyen a pensar en los mecanismos de producción y reproducción social de las desigualdades, y en los de perpetuación de estas. Más que abordar las expresiones o los índices, es necesario poner el foco en las formas de producción y reproducción social (Reygadas, 2004) y en los diversos modos en que las personas experimentan las desigualdades, en este caso desde la configuración generacional (Dubet, 2015; Chaves, Fuentes y Vecino, 2016).

Las cifras disponibles muestran que América Latina es el subcontinente más desigual del mundo. Si tomamos el índice Gini (que, aunque tiene muchas limitaciones porque solo mide ingresos y distribución de renta, es reconocido por diferentes organismos internacionales), vemos que en el período 2003-2013 ha habido una mejora relativa general, que se produjo en algunos países más que en otros.⁴ Esta, como dijimos, no revierte las desigualdades. Incluso se agudizan, comprobable si realizamos algunos cruces, como el generacional.

Entre los jóvenes, los índices sociales empeoran. Por ejemplo, el desempleo juvenil es el doble o el triple que el general, la pobreza duplica, en muchos casos, la total, en salud y en vivienda se produce una situación

similar. Una vez más vemos que las desigualdades son mucho más profundas en relación con otros grupos sociales.

Estos dos problemas —los modos de producción y reproducción social y las distintas formas de experimentar las desigualdades— se han planteado muchas veces desde la capacidad personal de superación de determinadas situaciones o la igualdad de oportunidades, desde una mirada individual. Nuestra perspectiva es relacional, holística, colectiva, considera las estructuras sociales y parte de la multidimensionalidad, las tendencias contrapuestas, las paradojas y las ambivalencias que signan las desigualdades sociales.

Siguiendo con nuestro enfoque multidimensional e interseccional, si abordamos la situación —y las experiencias— de las mujeres jóvenes, el panorama empeora relativamente. Si dijimos que los jóvenes son los más afectados del subcontinente más desigual del mundo, las mujeres son las más desiguales entre los más olvidados del subcontinente. Sucede algo similar con las mujeres negras, indígenas, campesinas.

A partir de lo planteado, podríamos decir que las desigualdades en América Latina son generales, pero sobre todo, femeninas y juveniles.⁵

Partiendo de estas multiplicidades, la noción de «experiencias de la desigualdad» que propone Dubet (2015) sostiene que no solo hay que pensar en las dimensiones relacional y estructural, sino también en la subjetiva; en los modos en que los individuos experimentan las desigualdades, en las maneras en las que los acontecimientos están incorporándoles a una experiencia de vida, a una subjetividad y a una construcción de individuación y subjetivación social. Serían subjetividades juveniles configuradas en la desigualdad.

Experiencias generacionales de la desigualdad desde el contexto educativo

Las cifras muestran que en América Latina la cobertura educativa ha aumentado en las últimas décadas,⁶ lo mismo que la tasa de escolarización, tanto en el nivel inicial como en el primario, secundario y superior. Sin embargo, no siempre este incremento equivale a una educación de calidad, democrática e inclusiva. Es decir, muchas veces genera otras diferenciaciones sociales.

Algunos autores trabajan las ya mencionadas nociones de inclusión excluyente o inclusión desigual (Gentili, 2015). Esto permite analizar las maneras en que surgen escuelas y circuitos educativos para pobres, diferencias para ciertos barrios, comunidades y

A veces el aumento de la cobertura educativa refuerza segregaciones sociales o algunas desigualdades a nivel general. Puede producirse también un incremento de la deserción o abandono. Encontramos lo que podemos considerar una paradoja, un contraste: aumenta la cobertura y crece el abandono escolar.

grupos sociales que, de ese modo, se van segmentando, segregando.⁷

A veces el aumento de la cobertura educativa refuerza segregaciones sociales o algunas desigualdades a nivel general. Puede producirse también un incremento de la deserción o abandono. Pareciera que, en la actualidad, el problema no es tanto promover un crecimiento de la matrícula, sino que la escuela sea capaz de retener a los jóvenes, lo cual es particularmente difícil en la enseñanza media. Encontramos lo que podemos considerar una paradoja, un contraste: aumenta la cobertura y crece el abandono escolar.

Ante esta situación, la mayoría de las políticas públicas, más que centrarse en modificar o transformar la escuela para que no sea expulsora de jóvenes, se enfoca en retenerlos o reinsertarlos en la institucionalidad escolar que los segrega. A partir de la perspectiva generacional que aquí adoptamos, es necesario explorar otras formas que no consistan solamente en reinsertar a los jóvenes en la misma escuela que los expulsó, sino que se propongan repensar la institución, incluso descentrarla del espacio escolar —lo que podríamos llamar la forma-escuela. En resumen, el problema no es solo el joven que abandona sino también la escuela que lo expulsa.

Algunos datos de la Encuesta Nacional de Jóvenes, que se realizó en 2014 en Argentina,⁸ presentan elementos interesantes para desmontar estigmas y preconceptos en las cuestiones que aquí abordamos. Por ejemplo, ocho de cada diez jóvenes que abandonaron sus estudios quieren retomarlos. No parece comprobarse la frase frecuentemente escuchada de que «los jóvenes no quieren estudiar». Más bien, lo hicieron por diversas causas. A partir de los datos disponibles, brindamos algunas pistas: por un lado, tres de cada diez jóvenes encuestados dejaron la escuela porque tenían que trabajar. Aquí el problema no parece ser el abandono escolar, sino las condiciones de vida que llevan a un joven a tener que trabajar. Esto confirma que muchas de las condiciones del empleo impiden estudiar. Pensamos que todo joven que trabaja debería tener permisos de estudio, de examen, días de ausencia sin que por eso le descuenten salario, sin el riesgo de que lo despidan.

Por otro, dos de cada diez dejaron sus aulas porque sentían que la escuela no les servía. Nuevamente, el problema se sitúa también en las características de la institución docente y no solo en los jóvenes.

Si sumamos a estas dos causas la de quienes desistieron por maternidad o paternidad —aquí el problema son las escuelas que expulsan a las jóvenes madres o a las que tienen que cuidar a sus hijos—, encontramos que 60% de los y las jóvenes que abandonaron la escuela lo hicieron por condiciones que podrían revertirse con políticas públicas que incorporen la perspectiva generacional y que no se formulen desde una mirada adultocéntrica (Duarte, 2002) sino desde lo que los jóvenes viven, experimentan, proponen.

La pertinencia de los problemas que tratamos puede verse también a partir de un análisis crítico de la noción de jóvenes «ni-ni», denominación que se utiliza para etiquetar a los que ni estudian ni tienen empleos formales. Este concepto se ha difundido en los últimos años, tanto en estudios académicos como en las políticas públicas y los medios de comunicación.

Pensamos que se trata de un abordaje que parte de estigmas y segregaciones sociales, de «identidades sociales desacreditadas» (Goffman citado en Valenzuela, 2015) que niega o criminaliza formas de ser y se aleja de acciones que apunten hacia el reconocimiento y la valoración de los modos de vida juveniles, sobre todo en barrios populares o periféricos. Por otra parte, la noción de «ni-ni» oculta las situaciones y experiencias de desigualdad multidimensional y consagra, por ende, las de género y generacional, entre otras.

En tercer lugar, si tomamos las estadísticas que ofrece un estudio de la CEPAL publicado en 2015, con datos de 2012, vemos que la nominación de «ni-ni» esconde no solo las desigualdades sociales, sino también invisibiliza situaciones vitales diversas. Según este estudio, 22% de los jóvenes latinoamericanos dice que no estudia ni está empleado. Esto representa a poco más de treinta millones de personas. Pero al desagregar esta cifra global, el estudio muestra que 55% de esos jóvenes (52% mujeres y 3% varones) están dedicados a tareas de cuidado de menores, enfermos o ancianos. Así, tras la categoría «ni-ni» se están invisibilizando las labores de cuidado y las domésticas. Según estas cifras, el problema se vincula más con las maneras de resolver y fortalecer el cuidado que con los supuestos «ni-ni». Las políticas públicas deberían, entonces, considerar el trabajo, no reconocido socialmente, que realizan fundamentalmente las mujeres dedicadas al cuidado.

Cifras del mismo estudio expresan que 20% de los llamados «ni-ni», sobre todo varones, fueron

despedidos de sus trabajos. Entonces el problema es el desempleo juvenil.

De ese 22% de «ni-ni», 5% busca trabajo por primera vez. La cuestión aquí es el primer empleo. Y otro 5% tiene discapacidad permanente para trabajar o no posee los medios para trasladarse fuera de su casa. Se evidencia la falta de políticas públicas hacia los jóvenes discapacitados y las escasas posibilidades de acceso al trabajo o al estudio de quienes provienen, además, de familias pobres o barrios periféricos.

A partir de lo dicho, si consideramos que se debe reconocer el trabajo no remunerado de las mujeres dedicadas al cuidado, que hay que ocuparse del desempleo juvenil, y promover el primer empleo con trabajo digno y seguro, así como crear políticas hacia los jóvenes discapacitados, queda solo 15% de ese 22% de jóvenes considerados «ni-ni» en la región. Es decir, si desagregamos las estadísticas, solo 3,3% de los jóvenes latinoamericanos (15% de 22%) podría ser nominado de esa forma.

Al cruzar este análisis con las perspectivas generacionales de multidimensionalidad de las desigualdades y reconocimiento de las diversidades que aquí desplegamos, y tomando los mismos datos de la CEPAL, encontramos que el porcentaje de jóvenes negros que pueden ser considerados «ni-ni» es superior al promedio general (28% contra el 22% ya citado). Asimismo, las cifras disponibles muestran que las áreas más desfavorecidas en términos educativos suelen coincidir con los territorios indígenas en la mayoría de los países.

Colectivos estudiantiles: ampliar los derechos y construir igualdad desde las diversidades

En esta coyuntura de diversidades y desigualdades que signan las vidas de las juventudes latinoamericanas en la actualidad, se producen distintas experiencias de politización juvenil que, gestadas muchas veces en ámbitos cotidianos y articulando esferas culturales, políticas y sociales, ocupan espacios públicos y disputan territorios y sentidos. Según las dinámicas del conflicto social y las movilizaciones de los últimos años en la región, podemos considerar que las organizaciones estudiantiles son de las más visibles y potentes, y protagonizan buena parte de los procesos políticos y sociales en naciones como Chile, Colombia y México (Vommaro, 2014).⁹

En efecto, las organizaciones estudiantiles secundarias y universitarias gestadas en las últimas dos décadas producen movilizaciones que expresan posibilidades políticas de establecimiento de relaciones intergeneracionales, a la vez que tienden puentes entre las movilizaciones de los jóvenes y las de

otros movimientos y expresiones sociales colectivas más o menos instituidas. Así, vemos cómo superan ampliamente los límites sectoriales (y aun los generacionales) para convertirse en procesos que dinamizan diversas luchas sociales y expresan impugnaciones al sistema dominante que exceden las cuestiones educativas (Vommaro, 2014; 2015b).

Estas experiencias de politización y radicalización juveniles, que desbordan los reclamos sectoriales, pueden ser analizadas también desde los planteos de Badiou (2000), quien sostiene que no se puede «llamar movimiento a aquello que es una simple defensa de un interés», «no hay movimiento si solo se trata de una reivindicación particular o interesada». Y agrega que en un movimiento «siempre hay demandas, hay reivindicaciones, hay pedidos», pero se trata de «mucho más que esos pedidos, que esas demandas» (27). En esta clave, un movimiento social se constituye como tal cuando es capaz de superar la dimensión sectorial y particular y expresar aspiraciones políticas más generales, que interpelan lo común.

Es necesario enmarcar estas dinámicas de politización generacional en el proceso de paulatina ampliación de derechos y de creciente consideración de las diversidades sociales que se produjo en América Latina en los últimos años y que involucró especialmente a los jóvenes, quienes muchas veces fueron los principales beneficiarios de estos nuevos derechos, y también los protagonistas de las luchas para lograrlos.

La denominada tercera generación de derechos humanos se profundizó y amplió en la región e incorporó los de diversas minorías (étnicas y sexuales entre las principales), introdujo nociones como «buen vivir» (*Sumak Kawsay* en quechua y *Suma Qamaña* en aymara), soberanía alimentaria y los derechos de la tierra en materia de extractivismo y explotación de los recursos naturales. Así, tanto las cuestiones vinculadas a grandes colectivos sociales excluidos durante años, como las relacionadas con el medio ambiente y la tierra, se convirtieron en objeto de derecho y políticas públicas.

La agenda que se conformó en la región sobre este tema se nutrió también de las recientes discusiones acerca del derecho a la educación, especialmente en lo referido a la superior. Las movilizaciones de estudiantes secundarios y universitarios en Chile, Colombia y México y, en menor medida, en Brasil y Argentina, pusieron en evidencia las crecientes limitaciones y los urgentes cambios que requieren los sistemas educativos en América Latina. Esta situación se torna aún más significativa si coincidimos con Tapia (2012) en que

el derecho a estudiar ha generado y genera capacidades que producen, históricamente, una ampliación de los derechos por la vía del desarrollo de conocimientos y de capacidades, que permiten ir modificando formas más

estrechas de pensar los derechos de la igualdad, también capacidades para pensar las instituciones necesarias, las políticas y los modos de generar los recursos y producir los bienes públicos.

Entonces, la ampliación de derechos empujada por los movimientos, la asunción de las diversidades como constitutivas de las juventudes contemporáneas y una política que se configura generacionalmente en una situación atravesada por desigualdades multidimensionales, conforman una trama que define muchos de los rasgos de las organizaciones estudiantiles que se manifestaron en los últimos años.

Palabras finales: repensando las políticas públicas

Para concluir proponemos aproximarnos a algunas cuestiones en torno de los procesos de formulación, implementación y evaluación de políticas públicas de juventud.

En primer lugar, ¿cómo se pueden pensar estas políticas públicas con perspectiva generacional? Por un lado, superando las concepciones políticas adultocéntricas, desnaturalizando la noción de que la política pública para jóvenes debe estar formulada por adultos, y pensando en aquellos como protagonistas, no solo como sujetos de derechos, sino como actores de sus propias políticas.

Asimismo es necesario superar la visión estadocéntrica e ir hacia el reconocimiento de las ampliaciones de lo público, incorporar lo público-comunitario, lo público-social, lo público no estatal (Virno, 2005). Estas perspectivas permitirían aprovechar lo existente y contrarrestarían la fragmentación y superposición de las políticas vigentes.

En el mismo sentido, es necesario pensar lo generacional desde una dimensión transversal, no solamente en los jóvenes como participantes de las políticas públicas de juventud, sino en el conjunto de la legislación y de las políticas públicas; que estas últimas sean integrales, multidimensionales, y conciban a los jóvenes como sujetos activos generadores, productores y protagonistas de ellas.

Si pensamos en políticas públicas de juventud que contrarresten las desigualdades en uno de los grupos más desiguales —y también más diversos— del subcontinente más desigual, es necesario generar igualdad reconociendo la diferencia. Construir un común como una forma de estar juntos con otras lógicas, sin negar las diferencias o buscar homogeneizarlas. Concebir la diversidad como potencia y no como carencia o fragilidad.

Las organizaciones estudiantiles que lideran las movilizaciones en la América Latina actual pueden

interpretarse como una de las expresiones visibles y radicales de las transformaciones que la región necesita, al menos si miramos las prácticas imprescindibles para contrarrestar los procesos de producción y reproducción social de las desigualdades, ampliar derechos, reconocer diversidades y construir políticas hacia la igualdad desde la diferencia.

Notas

1. Entrevista realizada por el autor en 2010, en un barrio del sur del Gran Buenos Aires.

2. Para ampliar estos análisis se puede consultar a autores como Bourdieu (1990; 2007) o Lenoir (1979; 2000), quien en parte sigue y profundiza sus propuestas.

3. Nos referimos a los programas de transferencias condicionadas (PTC, según CEPAL) o los programas de transferencias monetarias condicionadas (PTMC, según el BID-BM) que adoptaron formas singulares en cada uno de los países mencionados. Entre los principales en cada caso destacamos la Asignación Universal por Hijo, creado en 2009 en Argentina; el Bono Juancito Pinto, implementado en 2006 en Bolivia; la Bolsa Familia, impulsada desde 2003 en Brasil; y el Bono de Desarrollo Humano, que se aplica desde 2003 en Ecuador.

4. Para ampliar, consultar los números de *Panorama Social* producidos por CEPAL en 2014 y 2015.

5. Algo similar podríamos decir de las violencias y las inseguridades, aunque esto quedará para artículos posteriores.

6. Los datos regionales de esta sección están tomados de estadísticas producidas por UNESCO.

7. Esto fue tratado también en un reciente trabajo de Nuñez y Litichever (2015).

8. La Encuesta Nacional de Jóvenes realizada en el segundo semestre de 2014 fue la primera de su tipo en Argentina. Fueron entrevistados 6 340 jóvenes de entre 15 y 29 años en todo el territorio nacional argentino, seleccionados por diseño muestral probabilístico y multietápico. En julio de 2015 se conocieron los primeros resultados preliminares y luego no se produjeron nuevos informes. La información que aquí tomamos puede verse en *Encuesta nacional de jóvenes. Principales resultados*, documento producido por el INDEC en septiembre de 2015.

9. En otros trabajos (Vommaro, 2015a; 2015b) analizamos las experiencias de organización y movilización de los denominados pingüinos (secundarios) y los estudiantes universitarios en Chile, de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) en Colombia y del colectivo #YoSoy132 en México.

Referencias

Badiou, A. (2000) *Movimiento social y representación política*. Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación de la CTA.

BID-BM (Banco Interamericano de Desarrollo-Banco Mundial) (2013) *La movilidad económica y el crecimiento de la clase media en América Latina*. Washington: Banco Mundial. Disponible en <<http://cort.as/6KKd>> [consulta: 22 marzo 2017].

- Bourdieu, P. (1990) «La “juventud” no es más que una palabra». En: *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- _____ (2007) «Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático». En: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2012a) *Balance preliminar de las economías en América Latina y el Caribe 2012*. Santiago de Chile: CEPAL. Disponible en <<http://cort.as/xBT1>> [consulta: 22 marzo 2017].
- _____ (2012b) *Panorama social de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL. Disponible en <<http://cort.as/xBbH>> [consulta: 22 marzo 2017].
- _____ (2014) *Panorama social de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL. Disponible en <<http://cort.as/xBTw>> [consulta: 22 marzo 2017].
- _____ (2015) *Jóvenes que no estudian ni están empleados en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: CEPAL. Disponible en <<http://cort.as/xBSE>> [consulta: 22 marzo 2017].
- Chaves, M.; Fuentes, S. y Vecino, L. (2016) *Experiencias juveniles de la desigualdad. Fronteras y merecimientos en sectores populares, medios altos y altos*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Duarte, K. (2002) «Mundos jóvenes, mundos adultos: lo generacional y la reconstrucción de los puentes rotos en el liceo. Una mirada desde la convivencia escolar». *Última década*, n. 16, 99-118.
- Dubet, F. (2015) *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gentili, P. (2015) *América Latina, entre la desigualdad y la esperanza. Crónicas sobre educación, infancia y discriminación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censo) (2015) *Encuesta nacional de jóvenes. Principales resultados*. Buenos Aires: INDEC.
- Kessler, G. (2014) *Controversias sobre la desigualdad: Argentina, 2003-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lenoir, R. (1979) «L'invention du “troisième âge”». *Actes de la recherche en sciences sociales*, v. 26-27, marzo-abril, 57-82.
- _____ (2000) «Savoirs et sciences d'État: généalogie et démographie». En: *Actes de la recherche en sciences sociales*, n. 133, 96-7.
- Martín Barbero, J. (2002) «La globalización en clave cultural: una mirada latinoamericana». Coloquio internacional Globalismo y pluralismo. Celebrado el 24-27 abril en Montreal. Disponible en: <<http://www.er.uqam.ca/nobel/gricis/actes/bogues/Barbero.pdf>> [consulta: 22 marzo 2017].
- Núñez, P. y Litichever, L. (2015) *Radiografías de la experiencia escolar*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Pérez-Sáinz, J. P. (2014) *Mercados y bárbaros. La persistencia de las desigualdades de excedente en América Latina*. Costa Rica: FLACSO.
- Reygadas, L. (2004) *Las redes de la desigualdad: un enfoque multidimensional*. México: UAM.
- Tapia, L. (2012) «Universidad pública, posgrado y renovación del conocimiento y las sociedades». En: *Ciencias sociales, producción de conocimiento y formación de posgrado. Debates y perspectivas críticas*. Gentili, P. y Saforcada, F. (coords), Buenos Aires: CLACSO.
- Therborn, G. (2015) *Los campos de exterminio de la desigualdad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Valenzuela Arce, J. M. (coord.) (2015) *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*. Ciudad de México: UNAM/COLEF/GEDISA.
- Virno, P. (2005) *Ocurrencia y acción innovadora. Por una lógica del cambio*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Vommaro, P. (2014) «La disputa por lo público en América Latina. Las juventudes en las protestas y en la construcción de lo común». *Nueva Sociedad*, n. 251, junio, 55-69.
- _____ (2015a) *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- _____ (2015b) «Movilizaciones juveniles en América Latina actual: hacia las configuraciones generacionales de la política». *Revista Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, v. 7, n. 11, junio, 25-54.
- _____ (2017a) «Territorios y resistencias: configuraciones generacionales y procesos de politización en Argentina con perspectiva latinoamericana». *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. [En prensa].
- _____ (2017b) «Hacia los enfoques generacionales e intergeneracionales: tensiones y perspectivas en las políticas públicas de juventud en América Latina». *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*. [En prensa].

©TEMAS, 2016